

emplea para comerse las abejas y su miel, etc.» De todas estas noticias relativas al zorro y creídas aun actualmente por muchos, se puede sacar en claro que el citado animal emplea en sus cazas toda clase de estratagemas y recursos, por medio de los que le es dado apoderarse así de los animales más ágiles, como de los más torpes y pesados. Escribeme Eugenio de Homeyer sobre el particular: «Es indudable que el zorro caza fácilmente á las aves viejas, y me parece también verosímil todo lo que relatan los antiguos tocante á los medios de que echa mano para cogerlas. Cuando el zorro se coloca en un lugar despejado para tomar el sol, vense numerosas bandadas de grajos avanzar poco á poco y lanzando ruidosos graznidos hácia el lugar donde se encuentra el zorro, el cual finge estar muerto; y no bien tiene cerca de sí á las incautas aves, precipitase sobre ellas, haciendo siempre alguna víctima. Un día del mes de mayo y antes que hubiera pequeños grajos, mi padre oyó los incesantes graznidos de estas aves, los cuales parecían venir de un bosque situado á lo lejos, y presumió que aquella gritería era causada por la persecucion de alguna ave de rapiña. Marchó en direccion al bosque, y una vez cerca de él, pudo percibir clara y distintamente el espantoso ruido que en su interior se metía, y al instante vió pasar delante de sí á un zorro con un grajo entre los dientes, siguiéndole una numerosa bandada de compañeros del sacrificado. Es, por consiguiente, muy probable que aquel súbito graznar de todos los grajos designara el momento en que el zorro se precipitó y cogió á uno de ellos.»

En lo primero que piensa este carnicero cuando emprende sus expediciones es en su propia seguridad; por ella renuncia á todas sus pasiones y deseos, y hé aquí de dónde nace su refinada astucia. No acomete nunca á un rebaño, porque teme tanto al pastor como al perro; jamás roba nada en las cercanías de su madriguera; si le parece sospechosa una presa, la examina primero cuidadosamente, y la abandona antes que exponerse á un percance; no se lleva nunca los animales muertos, y rara vez toca los cebos que le ponen. Solo despues de haberlo examinado todo bien, se precipita rápidamente para realizar su propósito, aunque no sin dar antes muchos rodeos.

Condúcese de un modo muy distinto cuando se cree en perfecta seguridad. Su temor desaparece entonces y es reemplazado por la más atrevida insolencia: penetra en pleno día en un patio, coge una gallina ó cualquiera otra ave á la vista de los moradores, y se va tranquilamente aunque los perros le persigan. Solo en el último extremo abandona su presa, y aun así vuelve otra vez para ver si podrá cogerla de nuevo.

Muéstrase igualmente temerario aunque solo pueda salvarse apelando á una rápida fuga; y de esto se han visto numerosos casos. Cierta zorra que iba una vez perseguido por perros corredores, y contra el cual se habian disparado ya dos tiros, atrapó una liebre á la carrera y se la llevó. Otro individuo, que en medio de una batida saltó del espacio rodeado por los cazadores, cogió á su vista misma una liebre herida, dióla muerte, la escondió en la nieve, y escapóse atravesando toda la línea de los batidores.

Un tercero al verse perseguido, fué, segun refiere Kruckeberg, á refugiarse en una espesura en la cual se habia ocultado también poco antes otro, mal herido y casi desangrado; le siguió la pista, cogióle y lo estranguló al momento, á pesar del ruido producido por los cazadores y un pacho que le perseguía; y añade el autor arriba citado que atacó tantas veces á su camarada, que uno de los cazadores pudo acercarse á pocos pasos de él y dispararle sobre el cadáver ya casi destrozado de su compañero. Eugenio de Homeyer cuenta: «Estando de acecho, oí en cierta ocasion los dolorosos quejidos de una liebre que poco antes habia pasado delante de

mi; acerquéme en silencio al lugar de donde parecían proceder aquellos lamentos, y no tardé en ver á un zorro que acababa de estrangular al pobre animal. Su sed de sangre era tanta que pude matarle, sin que se hubiera apercebido de mi presencia.» En todos estos casos se puede creer que una vez excitada en el zorro la pasión por la rapiña y la matanza, no acierta á ver peligro alguno; y no se diga que no le hubiera sido dable notar el que en aquellos corria, porque pudieran citarse ejemplos por los cuales quedara probado lo contrario. Un zorro fué sorprendido en una granja, y cuando iban á matarle á horquillazos, tuvo la suerte de salvarse: vió varias ocas que pasaban por la pradera vecina, mató dos y huyó llevándose una, como si quisiera burlarse de sus enemigos. El guarda-bosque Liebig refiere que en Moravia penetró un zorro en un cortijo para robar gallinas, y fué arrojado á palos; á pesar de este contratiempo, hizo una segunda tentativa, que dió el mismo resultado; y habiendo finalmente vuelto por tercera vez, pagó su temeridad con la vida. Los ejemplos de semejante arrojo son innumerables: estos rasgos, estas pruebas de inteligencia divierten al que no es parte interesada, inspirándole interés por el animal. No es de extrañar que el zorro mate más de lo que devore inmediatamente y que á veces se complazca en bañarse en la sangre de las aves y animales indefensos; pues se ha de tener en cuenta que es un carnicero, que no tiene de la propiedad las nociones que tenemos nosotros los hombres y que lucha por la existencia del mismo modo que lo hace el hombre y demás seres vivientes. A la verdad no me atrevo á sostener que en la citada lucha se vea el zorro forzado á devorar á los de su misma especie; y tanto respecto de esto, como respecto de la bárbara antropofagia existente aun en tantos pueblos, me abstengo de emitir mi opinión.

El hambre es una necesidad orgánica en extremo dolorosa, y á impulsos del dolor por ella producido, conviértese el zorro en un lobo, el cual tiene tan poca consideracion á sus iguales, como los caníbales á los hombres, sus hermanos. Pero aquel es un carnicero de primera calidad y desempeña magistralmente su oficio, por lo que se comprenderá sin grande esfuerzo que tenga muchos menos escrúpulos que el antropófago en comerse á los de su misma especie. No es raro el caso de que el zorro destruya y devore á uno de sus compañeros gravemente herido, ni tampoco es siempre justo y merecido el disculparle por este acto, aunque lo ejecute á impulsos del hambre que le aqueja. Un amigo de Winckell encontró un día á un zorro comiéndose á otro que habia sido cogido en la trampa durante la noche anterior, y lo devoraba con tal avidez que el cazador pudo acercarse sin precaucion alguna y dejarlo muerto en el acto. El ingeniero de aguas y bosques, Müller, vió como estaban jugando entre sí seis pequeños zorros, recibiendo uno de ellos tan fuertes mordiscos, que llegó á brotarle sangre. Quiso el herido escaparse; pero perseguido al instante por los demás, fué cogido, destrozado y comido en un momento. Igual suerte cupo á otro pequeño zorro que á pesar de estar herido pudo todavía arrastrarse y llegar á su madriguera: cuando al cabo de poco rato fué esta cavada, se vió que habia sido destrozado por sus hermanos. El cazador Euler disparó sobre una zorra, que estaba todavía criando, y despues de muerta, la colocó junto á la entrada de la madriguera; pero al día siguiente no encontró más que la piel y los huesos, habiéndose comido el resto los pequeños zorros. Citase también el caso de haberse comido zorras en cautividad á sus propios hijuelos ya algo crecidos.

El zorro es muy rápido en la carrera y no se fatiga fácilmente; rastrea en silencio; corre, se lanza y da saltos tan prodigiosos que rara vez pueden acorralarle los buenos perros

de caza. Cuando corre, lleva la cola horizontal, y al paso ordinario la arrastra por tierra. Si caza al acecho, se estira; para descansar se echa de lado, enroscándose como un perro, y otras veces se sienta lo mismo que este, poniendo la cola sobre las patas anteriores. El agua no le da miedo alguno; por el contrario, nada con facilidad y extraordinaria rapidez en rios tan caudalosos como el Elba; tiene gran habilidad en trepar, como lo prueba el que se le encuentra á veces encaramado en árboles á cinco metros de altura. Dice Eugenio de Homeyer: «Podríamos citar varios casos en que el zorro, ya á causa de verse perseguido, ya voluntaria y espontáneamente, ha trepado á lo largo de los árboles. Por lo común escoge aquellos que torcidos por el viento, forman con el suelo un ángulo de 40 á 50 grados, y en el interior de las selvas tampoco es raro verle subir á los arbolillos hasta una elevacion de tres á cuatro metros para cazar á los pajaritos en sus propios nidos.» Mas tarde veremos cómo al acercarse la época del parto, va á establecer su morada en el hueco de algun árbol. El zorro deja oír una especie de ladrido breve, que termina por un grito más sonoro y vigoroso. Los individuos adultos no producen este sonido sino en medio de un temporal ó de la tormenta, durante los frios rigurosos ó en la época del celo. Los pequeños gritan y gruñen cuando tienen hambre ó están aburridos. Si le domina la cólera ó se halla en peligro, el zorro gruñe también ó aulla; no lanza gritos de dolor sino cuando le toca una bala ó le han destrozado algun hueso, y sufre silenciosamente las demás heridas. Durante el invierno, en especial, cuando nieva y hiela, deja oír gritos lastimeros, si bien esto sucede principalmente en la época del celo.

El zorro no es animal sociable, distinguiéndose también en esto de los perros primitivos, de los lobos y de los chacales; y por más que algunas veces se encuentren varios de ellos en una misma espesura y hasta en una misma zorrera, débese ello más bien á las condiciones del lugar que al deseo de vivir con sus iguales. En ciertos casos y particularmente cuando les apremia la necesidad, los zorros cazan en compañía; pero es dudoso que obren de comun acuerdo; generalmente cada uno va por su camino, sin cuidar en lo más mínimo de los otros, á no ser que vea en ello alguna ventaja para sí mismo; y hasta las zorras más apasionadas por su macho viven en compañía de este tan solo durante la época del celo, separándose luego despues. El sentimiento de la amistad para con los demás animales no se presenta en el zorro con más viveza que el instinto de sociabilidad; y si bien se ha observado con frecuencia que llega á tratar amistosamente al perro, su mortal enemigo, sin embargo, se ha de notar que esto tuvo lugar tan solo en circunstancias raras y excepcionales. Tampoco mantiene relaciones amistosas con el tejón, pues si bien vemos que va á la zaga de este, no lo hace por él, sino para apoderarse de su morada. Con el desenfado que le es propio, toma posesion de parte de ella, sin preocuparse en lo más mínimo por su rival, y no emplea para sacar á este de su madriguera ninguno de los ardidés que se le atribuyen. Debe ya relegarse á la categoría de la fábula, segun dice Adolfo Müller, aquello «de que cuando el tejón ha salido de su madriguera, ensucie el zorro la entrada de la misma, sin que aquel vuelva á introducirse jamás en ella, quedándose en pacífica posesion de la cómoda vivienda el astuto animal.»

El zorro entra sin consideracion alguna en la madriguera del tejón; escogió por morada propia las partes de la misma, de las cuales no se habia este apoderado, y vive allí en su compañía, á no ser que su rival prefiera abandonar aquella antes que vivir al lado del zorro. No se ha observado que dos individuos tan diferentes vivan juntos en buena compañía,

pudiéndose más bien afirmar lo contrario. El guarda-bosque Hoffman cuenta que un zorro, huyendo de la persecucion de los cazadores, fué á refugiarse en la guarida de un tejón y que se habia tomado la resolucion de destruirla, cavándola en todas direcciones; pero sobrevino la noche y se la pegó fuego, reservando aquella operacion para el siguiente día, como así realmente sucedió. Practicaron varias excavaciones y encontraron, al fin, no la zorra, sino su cabeza con varios mechones de pelo violentamente arrancados, y la arena empapada en sudor. Se conoce que el propietario de la madriguera, irritado de ver así turbado su reposo, habia hecho uso de sus derechos y habia destrozado al zorro, el cual no pudo encontrar ningun punto de salida.

La época del celo comienza á mediados de febrero y dura algunas semanas: entonces generalmente se juntan varios machos alrededor de una sola hembra, siguenla por todas partes de continuo y la requiebran á la manera de los perros: aullan más de lo acostumbrado y trábanse entre los rivales encarnizadas riñas, dándose rabiosos mordiscos. En Egipto, donde no son tan cautos como en nuestros países, se juntan en la campiña, á campo abierto, y en sus amorosos arrebatos, ni siquiera se aperciben de la aproximacion del hombre: yo mismo pude matar de un balazo á uno que acababa de juntarse, y otro tanto hizo uno de mis compañeros. También en nuestros países se juntan á veces á campo abierto, segun testimonio del citado Adolfo Müller; pero por lo común tiene esto lugar en el interior de la zorrera. Bischofshausen asegura haber presenciado en cierto modo este acto: óyense desde afuera muchas idas y venidas dentro de la zorrera, grande estrépito y ruidosos gruñidos, como si el tejón persiguiera al zorro. Las dos zorreras que hizo cavar Bischofshausen y en las cuales se encontraron los dos zorros, macho y hembra, eran dos habitaciones contiguas con dos agujeros ó pasillos en forma de herradura. Cuando la hembra se siente preñada, para evitar mejor los halagos de los machos y poder más fácilmente sustraerse á sus violentas exigencias, deja su morada nupcial y va á ocultarse entre los zarzales que están en las inmediaciones de la zorrera que eligió para dar á luz á sus hijuelos. Durante la gestacion, segun cuenta Beckmann, la zorra registra y ensancha varias zorreras de los alrededores, pasando por fin á ocupar aquella cuyos contornos fueron en los últimos días menos frecuentados por los hombres y los perros. Poco le importa que la zorrera esté ó deje de estar en paraje escondido; y á falta de una á propósito, se abre ella misma una galería subterránea, ó escoge el hueco de un árbol, un monton de tamaras ó una yacija bien escondida entre espesos jarales y cuidadosamente preparada y cubierta de pelo. El montero mayor Meyerinck dice que en dos ocasiones distintas pudo cerciorarse de que una zorra habia parido en el hueco de una encina. En los bosques de Harte, en Nauendorf, un guarda-bosque sacó del tronco de uno de aquellos árboles siete pequeños zorros con la madre. La encina estaba casi del todo carcomida, y el hoyo en ella practicado no tenia mucho más de un metro de profundidad. Yo mismo, en una mañana del mes de mayo, cuando volvia de caza, vi en una dehesa compuesta de pocos árboles y á unos trescientos pasos un objeto blanco que se alejaba poquito á poco con toda tranquilidad; apresuré el paso para alcanzarlo, y pronto pude descubrir que era una zorra, que arrastraba una oca doméstica y se preparaba á subir con ella á una encina de cinco metros de altura aproximadamente, aprovechándose para ello de unos nudos que estaban á la altura de metro y medio. Cuando me hallaba á una distancia de setenta pasos de la citada encina y me disponia á disparar contra la zorra, esta soltó su presa y trepó más que de prisa á lo alto del árbol, desapareciendo instantáneamente en un hueco del



mismo. Después de haber esparcido alrededor de la encina varios pedacitos de papel y pólvora, cogí la oca y volé á mi casa en busca de auxiliares. Dos horas después, acompañado de algunos cazadores con hachas y escaleras, fui al mismo sitio; descargáronse sendos golpes sobre el árbol, y logré por fin matar á la zorra cuyos pechos revelaban á las claras que en aquel momento acababa de dar de mamar á sus hijuelos. Subimos luego á la encina, introdujimos un baston en un hueco de mas de metro y medio de profundidad que habia en ella, y pronto pudimos descubrir una nidada de cuatro pequeños zorros de cerca un mes de edad, cuya extraccion efectuamos después de abierto un agujero en el tronco de la misma. Muy raras veces, como dice Schvab en su diario de

caza, van dos zorras á parir en la misma madriguera; sin embargo, uno de sus dependientes cavó en cierta ocasion una zorrera, sacando de ella catorce pequeños zorros con la madre; dichos zorros ocupaban departamentos distintos y eran de diferente tamaño y edad, lo cual parece probar que eran de diversa cria y que probablemente se habrian puesto de acuerdo las hembras para parir en un mismo lugar. Adolfo Müller acaba de observar precisamente lo mismo.

Bischofshausen asegura que la zorra en la época de su preñez se arranca el pelo del vientre, empezando por el ombligo y siguiendo hasta el cuello, sin duda con el objeto de dejar libres los pechos y poder mas fácilmente dar de mamar á sus hijuelos, como tambien á fin de preparar para estos una ya-

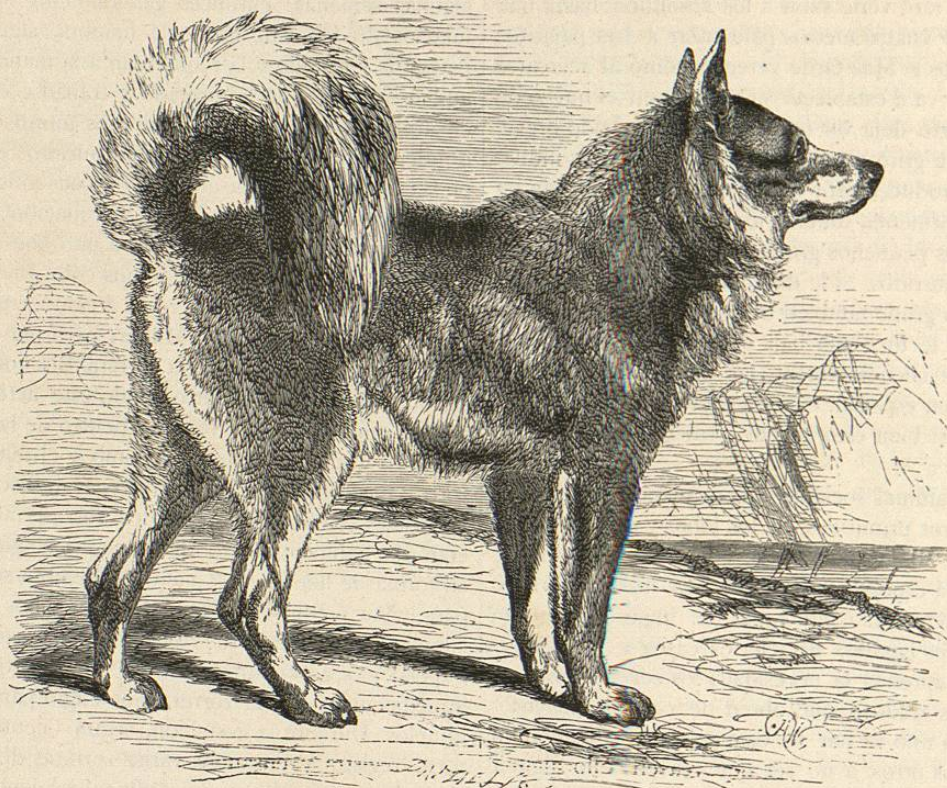


Fig. 236.—EL PERRO DE LOS ESQUIMALES

cija blanda y caliente. Al cabo de sesenta ó sesenta y tres días después de juntarse, y á fines de abril ó principios de mayo, la hembra pare en su madriguera de tres á doce pequeñuelos, y generalmente, de cuatro á siete. Según las observaciones de Pagenstecher, los zorros nacen con ojos y oídos cerrados; tienen el pelo liso, corto y oscuro, con sus extremos amarillentos y grises; frontal leonado y muy depredado; el extremo de la cola blanco, y una mancha muy pequeña del mismo color en el pecho; parecen torpes y pesados, desarrollándose en un principio con mucha lentitud. A los catorce días abren los ojos, habiendo ya en este tiempo aparecido todos los dientes. La madre los trata con mucho cariño; nunca se aparta de ellos á los primeros días, y mas tarde tan solo algunos cortos momentos por la noche, manifestándose muy inquieta y solícita por ocultar la madriguera.

Al mes de nacer, los hijuelos, cuyo pelaje es gris rojo y lanoso, salen de la guarida cuando todo está tranquilo, para calentarse al sol ó jugar con su madre. Tanto esta como el macho les llevan su alimento, consistente en animales vivos, como ratones, pajarillos, ranas é insectos, que la hembra les enseña á despedazar. Su prudencia es tal, que el menor ruido insólito le hace temer un peligro, en cuyo caso se lleva inmediatamente su progenie á la madriguera. Cuando los zorrillos

llegan á tener cierta talla, salen durante el buen tiempo, por la mañana y tarde, á fin de esperar la vuelta de sus padres; y si estos tardan mucho gritan, con lo cual se descubren algunas veces. Tan pronto como la madre olfatea alguna emboscada, coge á sus hijuelos uno á uno con la boca y se los lleva para ocultarlos en el fondo de otra madriguera, situada con frecuencia muy lejos. En el mes de julio acompañan los zorrillos á la madre en sus expediciones, ó bien cazan por sí mismos, tratando de sorprender, á la hora del crepúsculo, algún lebratillo, un raton, un pájaro y hasta un insecto. «Tienen ya, dice Tschudi, todas las costumbres de los zorros viejos; su largo hocico olfatea sin cesar el suelo; enderézanse sus finas orejas; sus pequeños ojos, verdes y brillantes, examinan la espesura; y su cola, terminada en un penacho de pelo fino y blando, se arrastra suavemente por el suelo, mientras sus ligeros pasos no producen rumor alguno. Tan pronto se ve al joven zorro levantar la cabeza por encima de la piedra donde apoya sus patas delanteras, como ocultarse en el matorral á fin de esperar la vuelta de los pajarillos que buscan su nido. En otra parte podría observarse este pequeño sér hipócrita, que se pone al acecho cerca de un establo: su aspecto es inofensivo, mas espera á los ratones que deben salir por la noche para ir á roer los granos en el prado vecino.

A fines de julio abandonan los zorros jóvenes su madriguera para visitar con su madre los campos y las mieses, donde encuentran un alimento abundante y se hallan en completa seguridad. Después de la recolección cazan en la espesura, en las breñas y en los cañaverales; ejercitarse hasta la perfección, y á fines del otoño abandonan á su madre declarándose del todo independientes.

Lenz ha publicado observaciones que demuestran cuánto cariño profesa la madre á sus pequeños; de ellas tomamos el siguiente párrafo: «El 19 de abril de 1830, el guarda-bosque de Mr. de Mergenbaum, de Nilsheim, en compañía de otras personas, descubrió una madriguera donde habia zorrillos; hizo entrar á un buen perro, apostáronse los cazadores en las diversas salidas, y se dieron fuertes golpes sobre el terreno para que saliesen los animales. La madre, sin embargo, que no queria abandonar así á sus pequeños, cogió uno con la boca, pasó al lado del perro, y precipitóse fuera, huyendo con su preciosa carga, sin que la alcanzase ninguno de los tiros que se dispararon.»

«El naturalista sueco Eckstron cuenta que en las inmediaciones de una granja habia una madriguera donde habitaba una pareja de zorros con sus hijos. El dueño les dió caza, mas no habiendo conseguido cogerlos, ocupó varios hombres para descubrir la guarida, donde encontró tres zorrillos; dos de ellos fueron muertos, y el arrendatario se llevó el tercero, le puso un collar y le ató á un árbol en frente de su ventana. Esto sucedia por la tarde; á la mañana siguiente apresuráronse á mirar lo que habia sucedido con el zorrillo, y vieron que estaba en el mismo lugar, teniendo delante una gran pava con la cabeza devorada. Llamóse á la sirvienta encargada de cuidar las aves, á fin de preguntarle la causa de aquello, y confesó que se le habia olvidado encerrar los pavos. Los zorros viejos habian ido por la noche, mataron catorce, cuyos restos se encontraban diseminados por los patios y no olvidaron llevar uno á su hijo prisionero.»

Mientras vive la zorra, el zorro no cuida lo mas mínimo de sus hijuelos, de los cuales apenas puede reclamar la paternidad, puesto que la hembra se junta con varios machos.

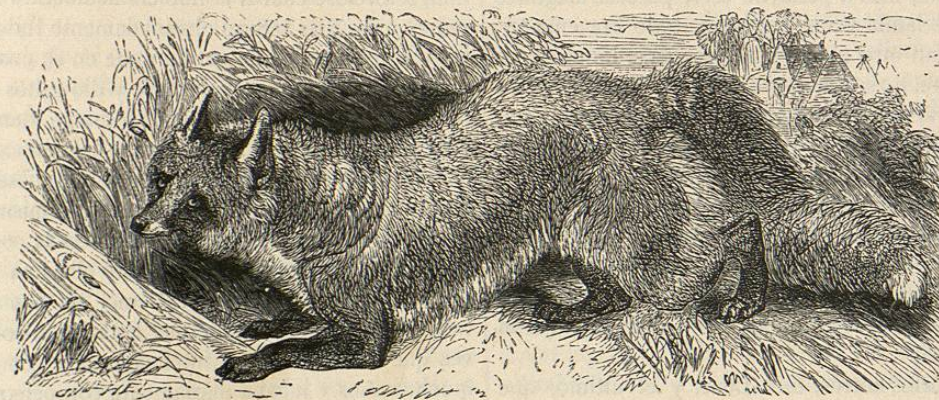


Fig. 237.—EL ZORRO COMUN

Al paso que la madre se afana para alimentar á sus hijuelos y caza con loca temeridad á fin de proporcionarles comida, arrebatando para ello el ánade del arroyo en pleno día y en presencia del dueño justamente irritado, al gallo del jardín delante del perro, y á la liebre delante de la escopeta del cazador, acometiendo, estrangulando y llevándose consigo al cabrito á los ojos de la misma madre, estableciendo una verdadera carnicería dentro y fuera de la zorrera; el padre holgazanea, paseando por campos y bosques, y aparece en la entrada de la madriguera, según Adolfo Müller, tan solo para hurtar los sabrosos restos que están esparcidos por sus cercanías. El macho, pues, no toma parte alguna en los cuidados de la prole, á no ser que se consideren como á tales los juegos con los cuales la entretiene en sus ratos de buen humor. Lo contrario acontece, cuando los pequeños zorros han quedado huérfanos de madre; entonces, según muchos observadores, él los cuida y protege como pudiera hacerlo una zorra soltera; y conmovido por sus lamentos lastimeros, les trae el necesario alimento. Es muy digno de atención el cariño con que los zorros viejos tratan á los pequeñuelos desamparados, y su comportamiento para con estos revela bien á las claras que hay algo de noble en el carácter de ese animal, considerado, no sin razón, como el mas egoísta de todos los carnívoros. Beckmann dice: «Yo llevé á una zorra vieja y mansa, la cual estaba atada con una cadena en una buharda, tres zorrillos encerrados en una jaula de alambre. No bien los vió la zorra, meneó con gran viveza la cola y echó á correr de una parte á otra con el manifiesto propósito de entrar en la jaula. Para cerciorarme mejor de las intenciones

de la zorra, dispuse se colocara la jaula á cierta distancia de ella, y ¡cuál no sería mi asombro, cuando por la noche, al traerle la cena, vi que cogía con los dientes su tajada de carne de caballo y la paseaba de una parte á otra suspirando y sin comerla! La desaté al momento, abrí la puerta de la jaula, y precipitóse dentro de ella la zorra, dejando caer en sus alegres y amorosos arrebatos la tajada de carne que llevaba. En el primer momento, tanto la vieja, como los jóvenes, se quedaron inmóviles y con la boca abierta; pero después de haberse tocado mutuamente con la punta de la nariz, meneando la cola, se abalanzaron con visibles muestras de alegría la una sobre los otros, y nunca acababan los saltos y brinco. Pero cuando los pequeños zorros empezaron á registrar con sus agudos dientecillos los pechos de la zorra, esta comenzó desde luego á manifestar algún temor; empujó con violencia la puerta de la jaula y salió de ella, no habiendo vuelto en lo sucesivo á manifestar deseos de entrar en la misma. Sin embargo, no por esto descuidaba el traer á los pequeñuelos la mayor parte de su cena; pues no bien se veía desatada, corría á la jaula, dejaba la carne delante de la reja y se volvía completamente satisfecha. Pude observar que á medida que crecían los zorros, disminuían las atenciones de la zorra para con ellos. A uno de mis amigos se le extravió en cierta ocasion un pequeño zorro, que acababa de coger, durando su desaparición casi una semana entera, y le sorprendieron una noche, jugando con un zorro manso, que estaba atado á una cadena en el mas apartado rincón del espacioso jardín. Al verse así sorprendido el pequeño zorro, se introdujo inmediatamente en la casilla que ocupaba el